

Historia de la barriada que nunca habló con el Presidente

GUSTAVO RIOFRÍO*

Corrían los años cincuenta y don Manuel Prado volvía a gobernar el Perú. Entonces se permitía decir en público cosas que ahora se dicen solo en privado. Antes de dejar Francia tras una visita presidencial al general Charles de Gaulle, don Manuel había declarado: «Solamente espero que termine mi mandato para regresar a mi amado París». Prado también afirmaba que, «en el Perú, los problemas se arreglan solos o no se arreglan nunca». Y según esta muy práctica máxima gobernó el país.

En esta historia, sin embargo, él ayudó directamente a arreglar el problema, generado años atrás, cuando su hermano, don Ignacio Prado, fue nombrado albacea del fundo El Porvenir, de propiedad de doña Enriqueta viuda de Lastres, cuya última voluntad fue que en sus predios se edificaran viviendas para los desheredados de la fortuna, modo en el que por esas épocas se nombraba a aquellos a quienes les iba francamente mal en la vida. Así, don Ignacio (con su Banco Popular) decidió construir los luego famosos tugurios de El Porvenir, con lo cual halló la receta ideal para dar curso a los anhelos caritativos de doña Enriqueta, pero sin perder de vista la oportunidad de hacer un buen negocio, ya que todo es cuestión de saber conjugar intereses.

Los intereses que sí costó conjugar —y he aquí el problema al que hacíamos alusión— fueron los de unas familias pobres que, en su calidad de antiguos yanacones de la hacienda —más parientes, amigos y similares—, se encontraban viviendo en los terrenos del fundo y que, vale decir, en su adicional calidad de desheredados de la fortuna, no querían salir de allí. No estando —como es obvio— considerados dentro de la noción de fortuna en la que pensaba el albacea, se iniciaron los intentos de desalojo, que fueron, ahorrémonos detalles, infructuosos.

Y así hubiera seguido el problema de no ser porque un buen día se presentó en el lugar de los hechos un edecán del Presidente de la República, quien les comunicó a los habitantes del ex fundo que el Señor Presidente los iba a recibir en Palacio de Gobierno. Esa misma tarde, los letreros de «Pedimos justicia» fueron cambiados por los de «Viva el Presidente Constitucional». Hombres, mujeres y niños —y los parientes, amigos y allegados que vivían con ellos en el barrio— marcharon enronqueciendo sus voces por la avenida Grau y el Paseo de la República, mientras eran escoltados en su camino por enormes motocicletas de la policía.

A un lado de la Plaza de Armas esperaron en vano durante horas al Presidente Constitucional. A eso de las seis de la tarde, cuando la garúa caía ya de ladito ayudada por el viento de la plaza, calando los huesos con su menuda persistencia, ya no se pudo esperar más. Empezaron el regreso, sin ninguna intención de ser descorteses, que para eso ya estaban los policías y sus alborotados caballos, sino por el frío que les daba a los chicos, con sus chompietas algo raídas, que apenas habían almorzado luego de tan agitada mañana en el barrio.

Un par de semanas después, el diario La Prensa de don Pedro Beltrán publicaría lo que en realidad sucedió esa tarde: mientras las familias se encontraban esperando cerca de Palacio de Gobierno con sus carteles de «Viva el Presidente Constitucional», pesadas maquinarias hicieron el trabajo de demolición del barrio.

Las familias no se amilanaron. Con los palos y las esteras que pudieron recuperar, armaron covachas en plena vía pública, justo frente al terreno que antes ocupaban, y donde hubo carteles de «Pedimos justicia» —antes de la visita del edecán, que ellos habían devuelto con tanta prontitud— se levantaban ahora unos de «Exigimos justicia», donde el verbo dejaba clara su actitud frente a lo ocurrido. De no ser por La Prensa tal vez no hubieran durado una semana más allí, pero esa primera plana fue una noticia que removió la política nacional.

En el curso de la historia, hubo de aparecer nuevamente por el barrio un edecán del Presidente de la República. «Vayan ustedes a Palacio de Gobierno que el Señor Presidente de la República los va a recibir», les dijo.

¿Cómo rechazar esta invitación? Con el cartel de «Viva el Presidente Constitucional» y las pancartas de «Exigimos justicia» —por si acaso— se dirigieron a Palacio de Gobierno. Eso sí, solo acudió una pequeña delegación: no era tanto el entusiasmo ni tan mal aprendida la lección. Esta vez decidieron que no esperarían mucho, aunque el candor de darse su lugar poco sirviera, pues de todas maneras el Presidente Constitucional tampoco los recibió.

En cambio, los recibió su señora esposa, que les dijo que se había enterado por los periódicos de la situación y que estaba muy conmovida. Que, por ser Primera Dama de la Nación, era como una madre para esas familias. Que, sumamente preocupada por ellos y en función de sus deberes maternos, les había encontrado un terrenito por la carretera a Canta para que vayan allá y levanten nuevamente sus casas sin que nadie los moleste. Es más, ella misma los iba a ayudar con la mudanza, ella misma se encargaría de que les dieran ladrillos para que construyan sus casitas y que también vería que les dieran agua, pues todas esas cosas todavía no había por allá. ¡Tan bonito les habló que quedaron convencidos!

Lo del transporte en camiones desde la mera vía pública frente al barrio que demolieron los caterpillar hasta el terrenito resultó ser cierto. Lo del terrenito también, pues allí estaba, en el borde de la carretera. Con lo del agua las palabras de la Primera Dama ya sonaban menos bonitas, porque se trató de unos camiones cisternas del Fondo Nacional de Salud y Bienestar Social solo durante las primeras semanas. Con lo de los ladrillos ya el asunto se puso más complicado, pues no tenían cuándo llegar. Y como no llegaban, hubo delegaciones que iban y venían de Palacio de Gobierno y memoriales a la Primera Dama, que era también —faltaba más— la madrina del barrio. Pero al igual que los ladrillos, las respuestas no llegaban. Las familias ya pensaban en volverse a Lima, pues por bonito que estuviera el terrenito la verdad quedaba bastante lejos. Entonces, haciendo gala de las estrategias que los habían llevado hasta allí, desplegaron otra vez un cartel, esta vez en la calle principal del barrio, donde se leía «Exigimos solución». Así, con todas sus letras.

Y así hubiera seguido el asunto de no ser porque se presentó, esta vez en el borde mismo de la carretera, un edecán del Presidente de la República, quien procedió a comunicarles que mañana mismo el Presidente de la República en persona los iba a recibir. Que vayan todos, les indicó. Él mismo, en su calidad de edecán, conseguiría el transporte y los llevaría a la cita, les ofreció.

Entre eso de que a la tercera va la vencida y la conciencia de no tener nada que perder, se decidieron. Ya no los iban a sacar de allí pues no molestaban a nadie. Eso no. Además, doña Clorinda era muy buena y les había prometido ayudarlos en todo, aunque los hechos fueran un poco a la contra de lo bien que les había hablado. Cuando llegaron los camiones, devolviéndole el crédito a las palabras del edecán, se produjo una gran algarabía. Fue un viaje feliz. Aunque nadie tenía muy claro de dónde habían salido estas nuevas pancartas. Llamémosle la fuerza de las costumbres, las cargaron igual, muy en alto. Allí podía leerse «Viva el Presidente Constitucional de la República» y también «Clorinda Málaga de Prado te saluda». Por educación dejaron en casa el «Exigimos solución», ya algo desgastado por el tiempo y bastante descortés en las actuales circunstancias. Total, ya los iba a recibir.

De tanta algarabía ni se dieron cuenta de que los camiones pronto cruzaron el Puente del Ejército, fueron por el costado del Hospital Loayza y siguieron de largo. Al lado de los camiones pasaron, raudos, el monumento a Bolognesi, el monumento a Colón y el monumento a Grau. Continuaron por el Paseo de la República haciéndole carrerita a los tranvías, y no se detuvieron sino al llegar a un gran edificio con grandes, grandes terrazas: el edificio Córpac, el aeropuerto.

Desde una de esas grandes terrazas, con sus carteles nuevos y sus vivas y su Clorinda Málaga te saluda, recibieron al Presidente de la República, don Manuel Prado, que volvía de París en olor a multitud. Él los saludó desde abajo, sí, agitando los guantes blancos que llevaba en su mano derecha.

Dicen que cuando a Prado se le vio por última vez, esta vez dentro de un ataúd, hubo quien se le acercó y le habló bajito, con respeto.

Para no manchar honras de prohombres de la Patria que no podrían defenderse desde sus sacrosantas tumbas, hay que decir que esta es una historia ficticia. Ni doña Enriqueta existió, ni había un Banco Popular, ni se edificaron los edificios de El Porvenir que, en todo caso, hubieran sido lugares muy decentes para la gente sin muchos recursos económicos. Tampoco hubo una familia Prado. Tampoco existe un barrio llamado Clorinda Málaga de Prado en el distrito de Comas, y en la ciudad de

Lima las familias desheredadas de la fortuna no se arriman a los cerros, no.
El Perú también es un país inventado. Este es un cuento. ■

(*) Sociólogo, urbanista. Miembro del Programa Urbano de **desco**.